

F. Ortúzar Vial.

COSAS DE LA MALA VIDA

ENE, tene, tú; cape nane, nú...

—¡Tú la llevas!

—¡La lleva Tripitas; Tripitas la llevaaa ..

—Paco po-ro-te-ro! Paco po-ro-te-ro!

El *paco* hace ademán de atacar, y los chiquillos se dispersan gritando; corren atolondradamente; por milagro hurtan el cuerpo a los carretones que pasan, desvencijándose sobre el empedrado.

—¡Capilla! ¡Capilla!

—No señor; usted la lleva.

—¡No sea leso oh! ¿Qué no ve que estoy en la capilla?

—Bah! ¿Así que siempre voy a pagar el pato? No sé ná. Se la pegué y la lleva. Este la lleva, éste la llevaaa...

—¡Pucha, el rucio la lleva ahora!

—¡Guarda, Juan, que la lleva el rucio!

—Huija... hácele una cachaña ... éjale...

—Córrele rucio, córrele rucio ohooo...

A pesar de sus esfuerzos —y de los de la barra amiga— el *rucio* no logra dar alcance al *manchao* y se detiene acezando. Con un pañuelo tieso y verdoso se echa aire al rostro y se seca, de cuando en cuando, el sudor de la frente. Un largo rato se queda inmóvil, a la expectativa. Cruza los brazos, y, después de echar una mirada a su alrededor con intenciones inquisido-

ras, los deja caer, los enarca; frunce las cejas, mira por el rabillo del ojo—como el apache de *El expreso relámpago*—dispuesto a tomar al primero que se descuide. Entretanto, los de la pandilla rivalizan en alardes temerarios; uno se le acerca de soslayo, brincando, y le hace un quite casi al rozarlo; otro viene por detrás, le golpea burlonamente la espalda y arranca.

—Chita que es cachaor este rucio.

—¡Pucha la miraíta que sacó!

—Igualito al pirata del antifaz.

—Oye pirata ohoo...

—Guarden, que este gallo es muy traicionero.

—Ya pus, hombre. Sigamos jugando.

—Déjate de hacerte el pirata, rucio mal encachooo...

Resuena la calle al paso del tranvía San Bernardo. Encandilados, aturcidos, los chiquillos permanecen un instante silenciosos y quietos; alguno de ellos alcanza a hacer una morisqueta a los viajeros; luego todos se agrupan en la línea—en medio de la nube de polvo que sigue al tranvía—para ver cómo se aleja éste, remedar sus pitazos y hacer cabriolas, empujándose unos a otros; mientras que, a la puerta de las casas, comentan las mujeres, sin apartar el rebozo de los labios.

—Más de alguno va a matar este carro; si pasa tan ligero, por diosito.

—Carlos, vení pa'cá.

—Si pué, ya's tarde; yo también voy a gritar a mis chiquillos. Quien sabe aonde han d'estar. Se van di'un lao pa otro. No se están un momento sosegaos. Ya Manuel, Juan, déntrensen para dentro...

—Ya'stá bueno niños. Llamen al rucio.

—Vamos rucio ooh.

—Que te entrís, paco pirata.

—Lo gritan y ahí se queda. Benhaiga. ¿Qué no t'están diciendo que te entrís? Porfiado mira...

El *rucio* prosigue impertérrito su coloquio con Juan.

—¿Cachai la cortapluma? Platita pura...

—¿A verla?

—Chiss .. con ésta... ¿querís que te haga un ojalito?...

—Pero déjame verla. Pusalá pus hombre. Si no te la voy a robar...

—Pero me la devolví al tiro porque yo la necesito.

—¡Pucha!... Oye... te la cambio...

—Eja...

—Por el lápiz de tornillo... ¿querís?...

—Las huifas...

Y, quitándoselo a Juan, empuña el *rucio* su cortaplumas como un cuchillo y echa a andar, con pasos largos y lentos, balanceando levemente el cuerpo, la mirada en el rabillo del ojo, los hombros echados hacia adelante, amatonado el ademán.

—Chita el pirata...

—Yo sí que te voy a hacer pirata, mira. ¿No t'están diciendo que te dentrés? Toma, pa qui apriendas, ¡Hay qu'estarlo gritando dos horas al caballero! ¡Miren pué! Anda too desastrao onde no se lo lleva más que en la calle. ¡Ya! ¡Abróchate el paltó y anda pa'entro! ¡Anda te digo! Bueno pues Margarita; buenas noches y que llegue luego su niño.

—Sí, ya va a llegar señora Mercedes, después de las doce y cayéndose de borracho.

—Es onde los acostumbran a mal desde chicos. Yo por eso no les deajo pasar ni una a estos chiquillos endemoniados. Buenas noches pué.

—Buenas noches, señora Mercedes.

Al verse sola, Margarita se apoya en la puerta de su casa. Luego se acomoda el pañuelo de rebozo. Atisba el cielo y se prepara a la cotidiana espera interminable... Hace frío. Una neblina densa y mojadora hace ingrata la noche. Los farolillos hacen guardia. Su luz es triste, hepática.

Una pareja regresa del cine. El quiere prolongar el coloquio en el zaguán de la casa. Ella se despide zalamera y presurosa. Un instante después sale el muchacho, enciende un cigarrillo y toma rumbo, marcando el paso aceleradamente...

La calle va quedando desierta. De vez en cuando la cruzan las niñas para todo servicio, que regresan del almacén con la *chaucha* de aceite que a última hora faltó para la ensalada o el tarro de duraznos al jugo destinado a la visita imprevista...

El dependiente del almacén, un pucho entre los labios, el guarda-polvos manchado de carbón, acomoda las tapas de madera contra la vidriera. Luego asegura la puerta del negocio. Se oye a lo lejos la campanilla de un cine, que empieza a llamar desconsoladamente.

En mitad de la cuadra, las luces de la casa de diversión parecen los reflejos de una piocha de brillantes falsificados sobre la pechuga de una provinciana. Dos ventanas abiertas las dejan pasar a raudales, con el eco estridente de una victrola barata, a tiempo que muestran los cuartos a plena luz. Empapeladas de rojo, las paredes de éstos lucen como adorno algunos grabados de *Eros* y *La vie Parisienne*. En el centro, un catre de bronce—perezosa colgada en la cabecera, sobrecama acolchada de seda granate y almohadón blanco con grandes lazos de cinta—impone su soberbia. Junto a él una pequeña alfombra de dudoso colorido y un velador insignificante, sobre el cual hay una lamparilla con pantalla opaca y algunas servilletas dobladas uniformemente. En un ángulo de la alcoba, un peinador, que sostiene un lavatorio niquelado y gran cantidad de frascos de todos tamaños, formas y colores. En el suelo, junto a él, un anafe y la correspondiente botella de espíritu de vino, dos recipientes desportillados y una tetera que incidentalmente cubre la rotura del cuadrado de *linoleum*. En el otro extremo de la pieza, un *chiffonier* sobre cuyo mármol se amon-

tonan tres perritos de loza, un cupido de celuloide, una tarjeta calada y con cinta, de esas con que se felicita en año nuevo, la fotografía de una niña como de quince años, la de un muchacho—con dedicatoria—y un retrato de grupo, en el que figuran varios militares.

Ambas piezas son idénticas de tamaño, forma y mobiliario. Aquí un catre igual al de allá; el anafe, los frascos, la sobrecama granate, los grabados de *Eros*, el almohadón encintado, las servilletas dobladas, el cupido de celuloide, las *perezosas*; los mismos militares retratados en grupo, la niña de quince años—con el pelo suelto y un ramo de flores en la mano—, el joven que ha puesto bajo su fotografía una dedicatoria sentimental.

Las hojas de la mampara, juntas, nada muestran del interior de aquella casa; apenas si trasciende por ellas el rumor de algunas voces, apagadas por las estridencias chillonas de la victrola. Las rendijas parecen alfileres luminosos.

Un farol vecino pone una semiclaridad en el zaguán. En el vano de la puerta de calle, arrebuja en un pequeño chal tejido de lana celeste, dando pequeños saltitos en la punta de los pies, restregándose las manos y envolviéndoselas en el extremo del chal, con el que hace una especie de manguito, una chiquitina rubia, no mayor de cinco años, procura desentumecerse.

La puerta de la mampara se entreabre. Una mujer envuelta en una bata japonesa, los ojos muy pintados, envaselinado el cutis, alarga a la nena una sopaipilla, mientras muerde otra.

—¿Qué hubo, cabrita, quieres?

—Ya.

La mujer desciende las dos gradas que hay delante de la mampara. Al hacerlo, una de las chinelas se le sale del pie. Ríe jubilosamente. Retrocede y vuelve a calzarse.

—Ya, pues, toma.

La niña alcanza la sopaipilla. Comienza a morderla ávidamente. La mujer da un vistazo a la calle.

—Oye, ¿pasó el cabro de la Tránsito? Ese alto, rubio, ropa café. . .

—Yo no sé cuál es. . .

—Bah, ese que vino en auto el domingo, ¿te acuerdas?

—¿Cuál? ¿Uno que tiene un lunar en la boca?

—Sí, tiene un lunar, aquí, sobre el labio. ¿Pasó ya?

—No lo he visto.

—¿Y desde qué horas estás aquí? Está bueno que ya te vayas a acostar. . . ¿Vamos para dentro?

La niña, sin responder, volvió la espalda a la calle, dió su mano a la mujer y entraron juntas en la casa.

Una vereda de ladrillos de composición, protegida por un angosto alero, va desde la entrada hasta la muralla del fondo. El patio está a oscuras. Las luces de las piezas que dan a la calle ponen cierta claridad en los dormitorios interiores, que a esa hora se encuentran vacíos. La niña y la mujer se introducen por uno de ellos.

—Alicia. . . Alicia. . .

—Ya vamos, estamos cerrando las ventanas de la calle.

En el salón, un espejo colgado de la muralla, frente a la puerta. Debajo de él, un sofá. Dos poltronas completan el amoblado. Cuadros, oleografías y acericos con un bordado en contorno. La lámpara con todas sus luces encendidas. La parafina con que han limpiado el piso mezcla su olor al de los polvos de arroz y al pachulí, en forma indefinible. En el rincón opuesto a aquel en que está la victrola, una mesa pequeña. Sobre ella una serie de botellas de cerveza y vasos vacíos. Con las manos apoyadas en el borde de la mesa, de espaldas a ésta, un joven. Conversa con una mujer morena, regordeta. El lleva corbata de colores vivos, de nudo muy estrecho; cuello almidonado, muy bajo, con puntas largas, una especie de

cuello de torero; chaleco cruzado, sin puntas; una cadena delgada va del bolsillo del chaleco al del pantalón, en el lado derecho. La mano ensortijada acaricia el bigotillo retorcido. La gomina se ha secado sobre la cabeza y el pelo está opaco, compacto, sucio. Un pañuelo de seda sobresale del bolsillo superior del vestón. Ella descotada, traje rosado, sin mangas y muy breve, mirada maliciosa, labios sensuales, se apega al muchacho, zalamera. Conversan en voz baja, mientras una pareja baila un fox-trot. Finaliza el disco. Los danzantes se sientan.

—Oye, dame un trago...

—No, pues, ñato; no te molestes tú...

—Pero sí está aquí, pues hombre.

—Oye y ¿qué se hizo Carlos?

—Habrá ido para dentro.

Una de las mujeres sale de la pieza. Por la veredita angosta llega hasta la cocina, una pequeña construcción separada del cuerpo del edificio.

—Oiga, lleve seis más al salón.

Después sigue hasta un cuartito que hay más allá de la cocina, cuya puerta entreabierta deja ver, diseminados en el suelo, trozos de papel de diario.

A intervalos, la campanilla suena. La casa se va llenando de gente. Las mujeres salen a aguaitar a los parroquianos que llegan. Dejan la pieza en que están, para ir a recibirlos, sólo cuando se trata de algún habitué muy conocido. La victrola no descansa. La cocinera va de un lado para otro, llevando botellas y vasos. Las voces se entrecruzan.

—Espérate. ¿Qué no ves que estoy calentando el agua?

—Vámonos, oye; esto no da para más.

—Está muy mal. Escupe mucha sangre.

—Claro, pues chiquillo. Ya pues...

—¿Dónde está la dueña de casa? Yo quiero ver a la dueña de casa. Que venga la dueña de casa. No me entiendo más que con la dueña de casa.

—No le digo pues que está malazo.

—Oye, esta pilsener está sin fuerza.

—Es más encacháa, esta negra.

—Pero si ya va a venir, hombre. No grites.

—Chs... A él que se lo va a dar...

—La dueña de casa...

—No grites, hombre.

—Hace como un mes ya que está enfermo.

—Otra pilsener...

—Viera, tiene todita la lengua cocida con el pisco.

—Este gallo sí que es de línea. Ven, dame un abrazo. Abrázame, te digo. Eso, venga el abrazo. Es muy regalo este hombre.

—No grites por favor. No molestes.

—Pero si no se sabe si está muriendo o si está borracho. Con la botella al lado se lo pasa.

—Ya, bailemos, déjate de leseras. Qué les vas hacer caso. ¿Qué no ves que están borrachos?

—Pobre Rosa.

—No me ha querido dar un abrazo. Y yo soy un caballero.

—Vamos, déjate. Bailemos mejor.

Hay puertas que se abren. Vasos que se caen. Parroquianos que visitan la cocina, de paso para «el fondo.»

Allí, frente al cuartito estrecho, una puerta cerrada. Tras ella, una pieza amplia, amoblada en forma heterogénea. Al lado derecho, un camastrón de hierro. Las ropas en desorden, cubriendo malamente a un hombre. Nariz perfilada, ojos hundidos, un mechón de pelo sobre la frente; esta descansa sobre un brazo, cuyo codo se apoya en la almohada. A los pies de la cama, una silla con un traje, un cuello y una camisa amontonados. A un lado, otra silla con una botella pisquera. En el centro de la habitación una mesa larga, de comedor, con un hule sobre la cubierta. Sobre el hule, salpicado de manchas de todos colores, una alcuza, vasos, botellas, de cerveza, un florero con

flores viejas, trabajos de costura a medio hacer, un plato con tomates y ajíes verdes, un frasco gordo y chato que guarda escabeches. Colgados de la muralla, a un lado, un crucifijo grande de madera; del otro, haciendo pendant, los retratos en colores de un gaucho, la mano derecha apoyada sobre una guitarra, y una mujerota gorda, con un ramo de claveles entre las manos. Difícil es comprobar el parecido entre esta mujer del retrato y la que está en un rincón de la habitación, junto a un ropero. En esta última se ven huellas de decadencia. Baja, gorda, casi sin pescuezo las cejas muy pobladas. los ojos muy negros, un delantal muy sucio y por el bolsillo de éste, un crochí clavado en un tejido a medio hacer, que asoma, junto con la punta de un pañuelo; mientras el bolsillo del lado izquierdo parece querer desfondarse al peso de las llaves. Aparte de esta mujer, en la pieza hay dos contertulios, amigos del enfermo. Uno de ellos acaba de cantar y descansa la guitarra sobre sus rodillas. El otro sirve pisco en vasitos chicos al enfermo y a su compañero. El enfermo bebe de un trago. Su respiración es sumamente fatigosa. Su cara está encendida, sus labios amoratados. Un hilo de saliva se escurre entre ellos. La mujer procura secarlo de tiempo en tiempo, mientras el enfermo hipa y tose.

—¿Creerá compadrito que con esta tonada hice mi suerte en el sur?

—Si es muy bonita. ¿Se acuerda cuando usted la cantaba en casa de las Morales? Toditos los futres venían a pedir que repitiera.

—A ver, déjame, pues. ¿Qué no ve que se destapa?

—No me destapo, me destapan, porque... hip... hip...

—¿No ve? A ver, levante el brazo. Ya está; así queda mejor; ¿no es cierto? ¿Le doy el remedio?

—Déme un trago, vieja.

—Ya, pues, no tome más. ¿No ve que le hace tanto mal?

—Si mi compadrito, aguanta mucho, comadre; no se aflija.

—Pero ¿para qué le da tanto trago, compadre? ¿Qué no ve que ya no puede más?

—A mí la que más me gusta es esa vidalita que usted sabe...—dice el otro, y sirve nuevamente pisco.

—Se la canto, entonces, amigo.

—Sí ¿qué va a cantar cuando está más muerto que vivo?

—Este mi compadre, va a cantar hasta el día del juicio.

—Y van a venir todos los futres, hip... del cie... hip...

—¿No ve, no ve, no le decía yo? Ya le va a venir la tos.

—Nada de tos, vieja. Páseme la guitarra. Voy a cantarle al amigo.

—Mejor que no compadre. No le vaya a hacer mal.

—Se la canto no más... hip...

—Dejemos la guitarra tranquila. Otro día le canta eso... Ya, acuéstese bien.

—Otro trago, amigo...

Nueva vuelta. El enfermo bebe ávidamente. Con el último sorbo, respira con fuerza. Le vienen hipos. Se ahoga. Se endereza haciendo fuerza sobre el codo que lo sostiene.

—Deje ahí la botella, vieja. No me la escond... hip.

—A ver, compadrito, no se vaya a caer.

—Pero ¿qué va a hacer? ¿Para qué se para?

—Déjeme, si puedo solo...

—Tal vez se ahoga en esta pieza.

—Pero se puede empeorar si abro la puerta, pues compadre.

El enfermo se ha sentado, las piernas colgando de la cama, cubiertas por un calzoncillo largo, cuyas ti-

Cosas de la mala vida

ras le alcanzan hasta los pies. Una camiseta le abriga el torso. Un pañuelo blanco, anudado a la garganta, le sirve de pechera. Con la mano derecha se cerciora de que los parches de pucho están en su sitio sobre las sienes.

—Abríguese, siquiera.

—Déjame vieja, porfia...hip...

—Pero ¿qué va a hacer, Dios mío? Suelte la guitarra. No se pare; que se va a caer.

—A ver, déjeme compadre; yo lo sujetaré.

—De este lado mejor; pásese para acá.

—No me sujeta nadie, hip...

—Pero si es tan porfiado. Se va a caer.

El enfermo se ha puesto de pie. Sacude los brazos, tratando de desprenderse de la mujer y los amigos que quieren auxiliarlo. Hipa y refunfuña entre dientes. Su mirada se ha puesto fija y vidriosa. Sus manos se alargan en dirección a la guitarra, que ha quedado hace un instante sobre la mesa. La mujer retira de encima del camastro la sobrecama y se la echa al enfermo sobre los hombros, abrazándolo. Este da algunos pasos, procurando desasirse de todos, hasta que lo consigue y queda apoyado de espaldas contra la pared. Los dedos de sus pies se mantienen arriscados hacia arriba. Las piernas le tiemb'an. Una mano tantea la pared que queda detrás de él; la otra sostiene la guitarra. Se empeña en tocarla. Le flaquean las fuerzas. La guitarra cae al suelo.

—A ver, déle algo ahora, para que agarre fuerzas.

—Tome, mi hijo, a ver, abra la boca...

—Tómelo usted de ese lado.

—Déjeme...hip...

El enfermo ha hecho un esfuerzo terrible. Su empujón ha hecho retirarse uno o dos pasos a los amigos y la mujer. En cambio, él ha perdido el equilibrio, se balancea. Para recobrarlo, se tira hacia atrás, con las manos en alto. Una de ellas topa con el crucifijo. Se

agarra de él. La mirada vidriosa pasea por la estancia. La mandíbula se ha desencajado. La saliva destila entre los labios, corre por la barbilla. Un tosido seco. Las manos caen, en una de ellas el Cristo. Cae al suelo el clavo arrancado de la muralla. Se escurre el polvillo de ésta. La mujer y los hombres acuden a sostener el enfermo. Son rechazados por éste, que se tambalea sin soltar el crucifijo. Luego se apoya en la muralla, tose, se estremece. Su respiración es ya un ronquido. Se inclina hacia adelante, mira el crucifijo. Lo alza, lo coloca terciado sobre su cuerpo. La mano izquierda sostiene; la derecha rasgúa, como en una guitarra, sobre las costillas del crucificado. Una voz gutural parece que va a hacer estallar la garganta. Un hipo. Una arcada. Borbotones de sangre. El enfermo se va de bruces. Amigos y mujer acuden en su auxilio. Voces, gritos, carreras, desesperaciones, lamentos. Dos ojos que no quieren cerrarse.

La puerta abierta. Cruzamiento de voces y gemidos. Lloro la mujer gorda, baja y sin pescuezo. Los amigos comentan. Acuden mujeres de los otros cuartos.

—Buena cosa de mala suerte de mi compadre. Si lo tengo aquí. ¿Cómo iba a pensar?...

—Si era muy hombre el finado. No hubiera sacado nada con decirle que no cantara. Tenía ganas.

—Hay que cerrar.

—No, no está más que el Lucho y dos amigos.

—Ah sí; la Tránsito con el cabro.

—Y se rompió la guitarra del pobre finado.

En la victrola resuenan los acordes de un tango compadrón.

—Ya, sírvame otro trago.

—No; le dicen al Lucho no más lo que ha pasado. Y se va solo.

—A ver mi hijita, hágamele el corte.

—Dése vuelta mi negra para que no pierda esta cachadita...